

En tiempos anteriores una poblacion bien numerosa existia en Chapel, media milla al N. de la desembocadura, pero al presente solo queda una capilla i unos pocos fieles que escuchen su campana.

La desembocadura del Loa, finalmente, es la parte mas oriental de las costas occidentales de Sud-América, pues se halla por 70° 04' 45" de longitud O. de Greenwich.

TEOLOGÍA.—Sagrada Escritura.—Necesidad de fomentar su estudio en el clero.—Discurso leído el 28 de diciembre de 1876, por el presbítero don Luis Vergara Donoso, en el acto de incorporarse en la Facultad de Teología.

Señores:

En vísperas de separarme del colejio, después de haber terminado mi curso de ciencias sagradas, el Ilustrísimo i Reverendísimo señor Arzobispo de esta Arquidiócesis se sirvió manifestarme por el órgano del señor rector del Seminario, actual decano de la Facultad de Teología, que era su voluntad me consagrara al estudio de las Sagradas Escrituras. No podia yo desoir la voz de un prelado que algunos años atrás me habia incorporado en el clero, i que, a pesar de las prescripciones jenerales de los cánones que me cerraban las puertas del santuario, queria derramar sobre mis manos la uncion sacerdotal, i satisfacer así el voto mas ferviente de toda mi vida. Formé, pues, entonces la resolucion firme de dedicarme con ahinco a los estudios biblicos: héla cumplido hasta ahora, i espero que la muerte me sorprenda cumpliéndola a la medida de mis fuerzas.

Honrado dos años mas tarde con las clases de teología espositiva o controversia bíblica i de idioma griego, que al mismo tiempo se fundaban en el Seminario arzobispal, nuevos i poderosos motivos vinieron a juntarse

para que redoblara los esfuerzos en la árdua tarea ya comenzada. El campo que se presentaba a mi vista era inmenso; convencido estaba, como el que mas, de que se requerian talentos mui superiores a los mios para explotarlo; todo esto, empero, no bastó para arredrarme de abrir el camino que otros mas aventajados vinieran después a beneficiar, i si ya no me ha sido dada otra cosa, durante dos años de profesorado, he procurado por lo menos inspirar a mis alumnos amor por las sagradas letras i gusto por su estudio.

Ahora, señores, que sin mas méritos de mi parte, vosotros habeis querido unir vuestros súfrazios para darme un asiento en esta Facultad, por lo que estoi altamente reconocido, no he vacilado un momento al elejir el tema de mi discurso de incorporacion, como quiera que no debia dejar pasar una oportunidad semejante para encarecer la importancia de los estudios bíblicos i la necesidad de fomentarlos en el clero. No tendreis a mal, pues, que la primera vez que levanto mi voz en este recinto, sea para encomiar el verdadero valor de las clases que me ha encomendado la autoridad diocesana, i manifestar por lo mismo el acierto con que ha procurado su fundacion.

Pudiera creer álguien que voi a molestar inútilmente con mis reflexiones a los ilustrados miembros de la Facultad de Teología, ya que nadie habrá, mucho menos en el seno de esta corporacion, que desconozca la necesidad, sobre todo para el clero, del estudio de las Sagradas Escrituras. Mas, de todos modos, conviene siempre, aún de las verdades mas palmarias, darnos la razon i examinar los fundamentos en que se apoyan, para poderlas mejor apreciar, i si son prácticas, como es la que me ocupa en este momento, para interesarnos mas vivamente en su desarrollo i progreso. Aparte de esto, no han faltado quienes hayan estimado, atendidas nuestras circunstancias, que no era necesaria todavía la institucion de una clase separada para el estudio de las Sagradas Escrituras, i que bastaba

simplemente lo que de ella se aprende en los otros ramos de ciencias sagradas. I no son pocos los que consideran clases de mero lujo, la de griego establecida en el Seminario, i la de hebreo si llegara a establecerse; o aún juzgan un desperdicio considerable de tiempo, que con mucha mayor ventaja se aprovecharia en otra cosa, el que se emplea o pudiera emplearse en el estudio de los idiomas sagrados. Convendreis, señores, en que al profesor de controversia bíblica i de idioma griego, incumbe mui principalmente la defensa de los ramos que enseña, i esto será parte para que oigais con benévola induljencia la lectura del presente discurso.

I.

La Sagrada Escritura, como nadie ignora, es el conjunto de libros que la Iglesia ha incluido en un cánon o catálogo i propone a los fieles como divinamente inspirados. La celestial inspiracion es, pues, el carácter augusto que eleva inmensamente a esos libros sobre toda otra clase de obras, i suministra la razon fundamental de donde se desprenden todas las demas, que debe inducir al fiel, sobre todo al sacerdote, al constante estudio i meditacion de la Biblia. Nada hace Dios en valde; i cuando no se ha contentado con entregar a la simple tradicion el depósito de las verdades reveladas i ha querido inspirar a cierto número de hombres en diversos tiempos, para que iluminados sobrenaturalmente i sin peligro de error consignaran por escrito lo que ha sido su soberana voluntad que escriban; es porque eso era necesario para que se conservase ilesa la revelacion, i para que penetrando ésta mas hondamente en la inteljencia i en el corazon del hombre, fuese copiosamente atendido el bien espiritual, o sea la santificacion del jénero humano. No se puede descuidar, por lo tanto, el estudio de la Sagrada Escritura, sin despreciar en realidad de verdad a Dios, i sin

dejar de aprovecharnos de un medio ordinario, poderosísimo, i moralmente hablando, por lo menos necesario, que ha puesto en nuestras manos para santificarnos a nosotros mismos i santificar a los demas.

La simple lectura de los libros sagrados, aún en la mas humilde version i con tal que se haga con las condiciones requeridas, es provechosísima, i llena nuestra alma de los conocimientos que le es mas necesario adquirir para el logro de su felicidad eterna, i aún para el de su felicidad temporal que está tan íntimamente unida con aquélla. Pero, para entender todo lo que se encuentra encerrado en las sagradas pájinas, para esplicar debidamente su doctrina i para defender los libros sagrados de los ataques que sin cesar se hacen contra ellos, cosas todas que, a la medida de sus fuerzas i de los ministerios que desempeñan, corresponden mui de cerca a los sacerdotes, se requiere una mui prolongada preparacion, mui sérios, mui variados i mui detenidos estudios.

Ciertamente tenemos en la Iglesia un intérprete infalible de los libros sagrados. A ella, que fué establecida custodio de la divina revelacion, no solo toca dar a conocer cuáles son las obras divinamente inspiradas, sino tambien señalar su lejítimo sentido. Mas, se equivocaria grandemente quien por esto creyera que estaba ahorrado el estudio de la Sagrada Escritura, i que para imponernos de su enseianza bastará recorrer la série de definiciones dogmáticas que la Iglesia ha sellado con su oráculo infalible. Este augusto guardian de los libros sagrados ha usado de una prudencia admirable en el curso de los siglos, i se ha contentado solo con definir algunos pasajes bíblicos cuya interpretacion auténtica era indispensable para que se conservara la unidad de la fé. Aparte de esto, es necesario vindicar la conducta del intérprete infalible de las Escrituras, manifestando que su doctrina no discrepa de la contenida en éstas, i defendiendo ante todo el cánon mismo de los libros divinos que ha formulado.

Bajo el majisterio infalible, pues, de la iglesia, si bien gozamos de una preciosa luz que no nos dejará estraviarnos en el camino, la intelijencia, la esposicion i la defensa de la Biblia exijen siempre la mas séria dedicacion i el mas profundo estudio.

Desde luego, la vindicacion del cánon de los libros divinos que la Iglesia ha formulado abraza todo un tratado preliminar de la mas alta consideracion. Tomo aquí en un sentido lato la vindicacion del cánon, i comprendo en ella todas las cuestiones relativas a la inspiracion, autenticidad e integridad de los libros sagrados. La Iglesia, en efecto, ha incluido en su cánon el número que se conoce de obras, porque todas las ha estimado divinamente inspiradas, i la divina inspiracion supone préviamente que esos libros son auténticos, es decir, dignos de fé, e íntegros, es decir, conservados sin interpolaciones que los desfiguraran notablemente. I bien, si una vez reconocida la mision divina de la Iglesia, el fiel no tiene necesidad de mas para aceptar con perfecta certeza el cánon sagrado que ha propuesto a sus hijos; eso no basta ciertamente para que la conducta de la maestra infalible de la verdad quede plenamente vindicada a los ojos de los que no admiten su celestial mision.

Es necesario, primero, remountarnos en la série de los tiempos pasados para investigar los fundamentos del cánon, que de una manera terminante sancionó el concilio tridentino, i que el concilio vaticano ha vuelto nuevamente a sancionar, declarando además que todos los libros incluidos en él son divinamente inspirados; recorrer de edad en edad los vestijios que de ese cánon se encuentran en la tradicion; i llegar así hasta los primeros dias de la sociedad cristiana, en que fueron compuestos los últimos libros que reconocemos como inspirados. En seguida, la Iglesia no ha recibido del cielo, merced a una mano misteriosa, las obras que componen la Biblia; pero al proponerlas como divinas ha tenido pruebas que le han mani-

festado de una manera fehaciente su orijen, su conservacion i el auxilio divino con que fueron escritas. Esas pruebas pueden haberse perdido u oscurecido, porque la Iglesia misma ha podido no creerlas absolutamente necesarias para su fin; en realidad, sin embargo, se han conservado muchas que testifican la autoridad de los libros divinos, i hasta ahora no se han presentado ni se presentarán jamás argumentos perentorios, que pudieran obligar a rechazar alguno o una parte notable de alguno de ellos. Importa, pues, recojer todas esas pruebas para formar con ellas una peana al cónon de los libros sagrados, i satisfacer las objeciones que se hacen contra la autenticidad, integridad i divina inspiracion de éstos.

Vindicado el cónon de los libros sagrados, solo se ha abierto la puerta del estudio de las Sagradas Escrituras. Para tomar posesion de tan bastos domidios, importa, ante todo, leer mucho i meditar mucho tambien las sagradas pájinas. Las obras que componen la Biblia, escritas en diferentes tiempos, estilos e idiomas, i por diferentes autores, han sido compuestas con un mismo fin, que es instruir a los hombres en las verdades relijiosas; desarrollan un mismo plan, el plan grandioso de la revelacion, i tienen un solo autor principal, que es Dios. De aquí es que el mejor intérprete de la Biblia es la Biblia misma, i que para entender sus diversas partes conviene estar al cabo de toda ella. Leyendo i meditando mucho los libros todos de las Sagradas Escrituras, relacionaremos los unos con los otros; sacaremos gran provecho de los lugares paralelos, es decir, de aquellos lugares tan frecuentes en el sagrado testo, que reproducen unas mismas espresiones, conceptos i enseñanzas; i podremos desvanecer muchas de las contradicciones aparentes que a primera vista hieren al que lee superficialmente las sagradas pájinas. Por fortuna en esta lectura i meditacion de las Sagradas Escrituras hemos sido precedidos por muchas jeneraciones; i los

exéjetas sagrados han dejado consignadas numerosas i sábias reglas que nos servirán poderosamente en nuestro estudio.

Pero la lectura i meditacion de la Biblia en una simple version por autorizada que sea, no basta al que quiere profundizar el conocimiento de los libros sagrados. El escriturario debe además poseer los idiomas en que orijinalmente fué compuesto el Sagrado Testamento. Las versiones por mas bien hechas que sean, jamás reproducen con toda fidelidad los pensamientos i riquezas del texto orijinal; ya porque cada lengua tiene una índole i un jiro propios que no pueden espresarse del todo en otra lengua; ya porque el traductor no ve en todos sus aspectos el sentido del texto orijinal i dice solo lo que percibe, de manera que su version algunas veces, mas bien que los conceptos del autor, nos da a conocer solo los del simple traductor. Si tal cosa sucede siempre en las traducciones, con mucha mas frecuencia tiene lugar cuando las lenguas comparadas al traducir son mui distintas entre sí, como es el hebreo, por ejemplo, respecto del griego, del latin i de todos los idiomas derivados de éste, i cuya belleza, enerjía i concision tanto han mortificado a sus traductores. En los lugares dudosos o ambiguos de las Sagradas Escrituras, sobre todo, se hace sentir la necesidad de poseer los idiomas del texto orijinal para conocer lo que ellas quieren decir realmente; pues en tales casos el camino mas espedito i a veces el único para resolver las dudas o ambigüedades es recurrir a la fuente de donde han procedido las versiones.

Los libros del Antiguo Testamento han sido casi todos compuestos orijinalmente en hebreo; dos en griego, i de otros dos se duda cuál haya sido su lengua primitiva, si la caldea o la griega, i de uno de éstos hai quienes han creído que fué la hebrea: encuéntranse además en algunos libros, compuestos orijinalmente en hebreo, diversos fragmentos en caldeo; i de tres libros enteros i de algu-

nos fragmentos de otro escritos primitivamente tambien en hebreo, se han perdido los textos orijinales i quedan solo traducciones. Los libros del Nuevo Testamento han sido todos escritos orijinalmente en griego, fuera de uno solo, cuyo testo orijinal se ha perdido; pero parece muy probable que la traduccion griega que nos queda se deba al autor mismo de la obra. Si tales son los idiomas orijinales de la Biblia, claro está que el escritarario que quiere profundizar el estudio de las Sagradas Escrituras, debe poseer el hebreo i el griego. No deja de prestar grande utilidad al intérprete sagrado el conocimiento del caldeo, del siríaco i demas lenguas afines a la hebrea. Acabo de decir que algunos fragmentos de los libros del Antiguo Testamento fueron escritos orijinalmente en caldeo, i debo agregar que las obras de la última época de la literatura hebrea abundan en caldaismos. Entre las mas antiguas versiones tambien de la Biblia, después de la griega de los Setenta, se cuentan las caldeas i siríacas que, como de tan remotos tiempos, ilustran en gran manera la intelijencia del sagrado testo. Aparte de esto, el hebreo que ahora se conserva es un hebreo mutilado, es el resto solo de un antiguo edificio, i para poder conocerlo mejor conviene buscar la luz en las otras lenguas afines a él. En fin, el griego del Nuevo Testamento, no es propiamente el que usaron los clásicos de esa lengua, sino el dialecto llamado alexandrino, mezclado con muchos hebraismos, caldaismos, siriacismos o aramaismos.

I la necesidad del conocimiento de los idiomas orijinales de la Biblia para entender todo lo que hai en ella contenido, no ha cesado ni se ha minorado, con la declaracion de *auténtica* que el Concilio Tridentino hizo en favor de la *Vulgata*. Los padres de ese sínodo jeneral no pretendieron de ninguna manera exaltar esa célebre version sobre los textos orijinales hebreo i griego, i solo quisieron que se la prefiriese entre todas las versiones latinas que circulaban en ese tiempo. Tan cierto es esto,

que, después del Concilio de Trento, la autoridad pontificia ordenó que se corrijiere la *Vulgata* por los textos originales, i siempre ha alentado los trabajos e investigaciones que tienen por objeto comparar la version latina usada en la Iglesia con los textos primitivos. Sin duda la *Vulgata* reproduce fielmente el dogma i la moral encerrados en los orijinales sagrados, sin duda esa version es de incomparable mérito; pero, a pesar de todo esto, nadie puede negar, que por la naturaleza misma de las cosas, en muchos puntos sea diferente, en otros oscura, i que esté llena de idiotismos hebreos i griegos que embarazan amenudo al que la lee; de todo lo cual resulta que para entender bien las Sagradas Escrituras i para defenderlas de las objeciones comunes de la crítica moderna, importa sobre todo recurrir a los textos primitivos.

Como todos saben, la imprenta data desde el siglo XV, i antes solo manuscibiéndolas, podian publicarse i difundirse las obras. Si a pesar de la imprenta, no dejan de escaparse yerros que dan lugar a la diversidad de lecciones en los diferentes pasajes de un libro, ya se deja concebir que todo esto tendria lugar con mucha mas frecuencia, cuando no existia ese poderoso medio de publicar con fidelidad las obras. No es de estrañar, pues, por mas esmero que se haya puesto en la conservacion de los textos orijinales de la Biblia i de sus mas antiguas i autorizadas versiones, que en las continuas copias i transcripciones, durante un tan dilatado tiempo como es la edad que cuentan, se hayan deslizado en ellas muchos yerros accidentales, i que en consecuencia tengamos numerosas variantes de numerosos pasajes tambien de las Sagradas Escrituras, en los manuscritos de los textos orijinales que nos quedan i que aún en nuestro mismo siglo se están descubriendo, en las diversas versiones sobre todo antiguas, en los libros litúrgicos usados en la Iglesia, i en los pasajes bíblicos transcritos en las obras de los padres o de otròs

autores. Resulta de aquí que el estudio de las Sagradas Escrituras impone también el conocimiento de las diversas lecciones que se encuentran en muchos pasajes de ella. A fin de descubrir con sabia crítica cuáles son las verdaderas i cuáles deben desecharse, i restituir así, en cuanto sea posible, su pureza, primitiva al sagrado testo. En tan árdua tarea se han distinguido muchos i laboriosos eruditos, i merced a sus injentes trabajos la integridad sustancial de la Biblia ha sido colocada en un pedestal de granito, porque las numerosas variantes que han recojido son de ordinario accidentales i no perjudican al dogma ni a la moral encerrados en los libros divinos.

Otros estudios indispensables al escriturario son: el de la historia del pueblo de Dios, cuya fuente principal es la Biblia misma, pero que conviene sea ilustrada con los conocimientos que de ella nos han quedado en los autores profanos; el de la jeografía sagrada para conocer los lugares de que nos habla el sagrado testo i las diversas transformaciones que han sufrido, i el de la arqueología bíblica, que, dándonos a conocer las costumbres domésticas, civiles i relijiosas de los hebreos, sirve inmensamente para explicar muchas voces i maneras de bablar, innumerables conceptos, frases, tropos i figuras que se encuentran en los libros divinos. Este último estudio, sobre todo, es vastísimo; porque la Biblia sube hasta el origen mismo del linaje humano, cuando éste no formaba mas que una sola familia, la cual fué paulatinamente dividiéndose en tribus, pueblos i naciones; i porque el pueblo hebreo en que especialmente se ocupan los libros sagrados, en su larga i maravillosa vida hasta que cayó sobre él la reprobacion divina, estuvo en relacion con diferentes pueblos que influyeron en sus costumbres. Sometido, en efecto, a largos años de esclavitud en Ejipto, salió de allí milagrosamente a tomar posesion de la hermosa comarca que Dios le habia preparado i que tuvo sin cesar que defender contra los enemigos que le rodeaban por to-

das partes, hasta que en castigo de sus faltas, pasó sucesivamente por la dominacion de los asirios babilonios, persas, griegos i romanos. Importa, pues, conocer mas o menos las antigüedades de todas estas naciones para penetrarse bien de todo lo que nos dicen las obras inspiradas, escritas durante las diversas faces i vicisitudes que atravesó el pueblo escogido.

No hai libros que hayan sido mas estudiados, traducidos a mayor número de lenguas, mas comentados, i que hayan dado lugar a mas hermosas elucubraciones i mas trascendentales teorías fundadas en las enseñanzas que encierran, que los que componen la Biblia. No podia esperarse otra cosa; atendida por una parte, la materia que tratan, a saber, la que mas el hombre necesita conocer; i considerando, por otra parte, que la palabra divina debia precisamente ofrecer la tierra mas fecunda al trabajo del ingenio humano. Ahora bien, insensato seria quien no quisiera aprovecharse de los esfuerzos de tantos sabios que durante el curso de largas jeneraciones se han consagrado a los estudios bíblicos, pretendiera por sí solo conocer a fondo todo lo que hai encerrado en las Sagradas Escrituras. De consiguiente, i aparte de otros motivos, que de lo que queda ya espuesto pueden con facilidad colejirse, para entender i esplicar debidamente los libros sagrados, importa conocer sus mas célebres versiones, estudiar sus mejores comentarios, o imponerse de las consecuencia teóricas i prácticas que los mas ilustres intérpretes sagrados han deducido de las enseñanzas de las pájinas bíblicas.

Fuera de esto, i sobre todo lo dicho hasta aquí, la Iglesia ha prescrito que en la interpretacion de los libros sagrados nadie se separe, en todo lo que atañe al dogma i a la moral, del sentido que ella misma les da i les ha dado siempre, ni del unánime consentimiento de los padres. Dije al principio de este discurso que la maestra infalible de la verdad ha sido siempre mui prudente al definir de una manera perentoria el sentido de los libros sagra-

dos, i que por lo mismo distaba mucho de que hubiera dado a todos los pasajes bíblicos una rigurosa interpretación auténtica. Mas, esto no quita que en su litúrgia, en su práctica constante, en sus instituciones, en la enseñanza de sus doctores, en el uso que ha hecho de las versiones de los libros sagrados, etc., revele cuál es su manera de ver en muchísimos otros pasajes de la palabra divina escrita. I como la infalibilidad no es una dote accidental de la Iglesia, que solo la posee cuando habla por el órgano de sus pastores reunidos en concilio jeneral o por el del supremo pastor definiendo *ex cathedra*, sino permanente, ya que el Espíritu-Santo no deja jamás de asistirle, síguese que la regla de interpretación dada por ella no es mas que una afirmación de la vida divina de que goza, i que, para no errar en la doctrina i en la moral de los divinos, el intérprete sagrado necesita investigar la enseñanza de la Iglesia, que se manifiesta luminosamente cuando hai unanimidad de consentimiento en sus doctores, i que lejos de discrepar, no puede dejar de ser la misma de las Sagradas Escrituras.

Ultimamente, la Biblia no ha cesado jamás de ser combatida. Toda clase de enemigos se han levantado contra ella, que han pretendido pulverizarla, si posible fuera. No hai libro, no hai capítulo, no hai pasaje aún del sagrado testo que no haya sido impugnado de muchas maneras diversas. La impiedad ha levantado i levanta en el día lecciones de lecciones de combatientes, ha pasado su vista por todos los horizontes que divisa la intelijencia, ha trahinado los archivos mas recónditos del jénero humano, ha movido todas las ciencias para desmentir la palabra divina escrita i entregarla al escarnio de las jeneraciones. No hai estudio, no hai ramo del saber humano por nuevo que sea, no hai aún descubrimiento insignificante que no se haya esplotado ya contra el tesoro de los libros divinos. I bien, de esta polémica ardorosa, variada i jigantesca nace la necesidad, para sacar lleso el sagrado testo de las

armas que se disparan contra él, de penetrar en las oficinas mismas en que se fraguan tales armas a fin de desvanecer por completo el valor que pretende atribuirseles. Ni semejante tarea se llena de ordinario dignamente, con un estudio superficial de muchos i variados ramos de la ciencia; porque, consistiendo el principal embuste de los incrédulos en dar por resultados obtenidos las cosas que están muy distantes de serlo, i que contradicen los dictados de las obras inspiradas, el mejor i a veces necesario medio de manifestar que la revelacion i la ciencia no pueden dejar de estar unidas por un eterno ósculo, es recorrer los ámbitos todos de esos ramos i hacer palpar, por decirlo así, la futilidad de la mentira que se pretendía obligar a adorar como si fuera la verdad.

Tal es el estudio de la Biblia; tales son sus vastísimos dominios, que, por la excelencia, variedad i estension de conocimientos que requieren, superan a los de las otras disciplinas del saber humano i en cierto sentido las abarcan a todas. Recorrer ese inmenso reino con igual acierto i profundidad en todas sus partes, únicamente ha sido dado a los hombres de talento superior, de muchísima erudicion i de constante laboriosidad, i aún así siempre les ha sobrado vasto campo que esplotar. Algunas provincias solo de estos dilatados dominios han sido suficientes para agotar las fuerzas i la vida entera de inteligencias aventajadas; i la ciencia bíblica cual aparece en el día, representa los esfuerzos, no de algunos hombres de jénio, sino de jeneraciones de sabios que se han sucedido en el curso de los siglos, i que, con sus sudores i fatigas, han levantado tan imponente i grandioso edificio para servir de morada i defensa al Libro de Dios.

La amplitud, empero, de los estudios bíblicos, léjos de acobardarnos para penetrar en ellos, debe ser un poderosísimo estímulo que nos obligue a consagrarles nuestro tiempo i nuestras fuerzas, i como ninguna otra cosa, pone de manifiesto la necesidad de abrir sus puertas i de

introducir en sus dominios a la juventud que se prepara para el servicio del santuario i que durante toda su vida debe estudiar i meditar la palabra divina escrita. En buena hora los fieles, segun las circunstancias de cada uno, se contenten con un estudio mas o menos reducido de los libros sagrados: absolutamente hablando, no les es necesaria la lectura de las pájinas inspiradas para obtener la salvacion, ya que pueden recibir de los labios de los sacerdotes la enseñanza de los oráculos divinos. Mas nosotros tenemos la indecible honra de llevar sobre nuestros hombros el arca santa en que está guardado el depósito divino, de pasarla por los pueblos i naciones, i de mover todas las inteligencias i voluntades a rendirle el culto que le es debido. Menguados quedaríamos i aún seríamos dignos de la reprobacion eterna, si por nuestra desidia i poco empeño en estudiar el libro de Dios, en lugar de amor arrancáramos odio, en vez de vítores solo consiguiéramos maldiciones contra la palabra divina.

No es de estrañar después de esto que en todos tiempos la Iglesia, siguiendo fielmente las prescripciones divinas, haya empeñado su mas viva solicitud en hacer leer i meditar a los sacerdotes los libros sagrados, i con toda clase de estímulos haya sin cesar trabajado por fomentar en el clero los estudios bíblicos en toda su estension. No es de estrañar tampoco que los doctores de la Iglesia se hayan siempre consagrado a facilitar el estudio de la Biblia, i que en consecuencia tengamos toda clase de obras, apropiadas a las diferentes circunstancias, para hacer un estudio mas o menos vasto de los libros sagrados, i de los ramos del saber, cuyo conocimiento es indispensable para interpretarlos, esponerlos i defenderlos dignamente. Esto, en fin, esplica de sobra el que en todas las universidades, institutos i seminarios, en que se ha conseguido plantear un plan regular de las diversas diciplinas que constituyen el árbol de las ciencias sagradas, la cátedra de las Sagradas Escrituras ocupe un mui distinguido lugar,

i anexa a ella se encuentren las de los idiomas sagrados, o mejor dicho, la de hebreo, ya que el griego tiene su lugar mas propio en las humanidades, i en algunas partes se estudien tambien las lenguas afines a la hebrea. I para decirlo que se ha hecho entre nosotros, ya que en este discurso defiende especialmente las clases de controversia bíblica i de idioma griego establecidas en el Seminario Arzobispal, en los dos primeros cursos en que, después de los cuatro años consagrados a los otros ramos de las ciencias sagradas i a los prolegómenos jenerales a toda la Biblia, se destinaron dos especialmente a los ramos de que trato; además de recorrer las cuestiones principales relativas a todos los libros bíblicos i que sirven para estudiar con fruto cada uno de ellos, púdese esponer literalmente el Pentateuco i los Evangelios. Reducidos nuevamente en vista de premiosas razones los estudios teológicos a cuatro años, en que se consagran durante cada uno de ellos tres horas semanales de clase a las Sagradas Escrituras, fué necesario limitar las materias de enseñanzas a las cuestiones jenerales relativas a toda la Biblia i particulares a cada libro que sirven de introduccion a su estudio, esponiéndose conjuntamente los pasajes mas difíciles del sagrado testo i que dan lugar a mayor número de objeciones. Por lo que respecta a los idiomas sagrados, hasta ahora no se ha establecido clase de hebreo; en la de griego, que en el primer tiempo fué diaria durante dos años, los alumnos, jóvenes ya desarrollados al principiar dicho estudio, no solo alcanzaron a ponerse en aptitud de traducir el testo orijinal del Nuevo Testamento i la traduccion griega del Antiguo hecha por los Setenta, sino tambien tradujeron piezas clásicas difíciles, como las Oliníacas de Demóstenes, i el primer libro de la Iliada de Homero; limitada después la clase de griego a tres horas semanales, durante el mismo número de años, solo se consigue que los alumnos puedan verter el testo griego de la Biblia i una que otra pieza clásica fáciles, como

los *Diálogos de los muertos* de Luciano, o algunos pasajes de San Juan Crisóstomo o de San Basilio.

II.

Me parece que la rápida ojeada que acabamos de hacer de las materias que comprenden los estudios bíblicos, es por demás suficiente para manifestar su grandísima importancia i la necesidad de consagrarles clases especiales en un buen plan de estudios de ciencias sagradas, a fin de que los jóvenes que se dedican al servicio del santuario queden bien preparados para proseguir después por sí mismos estudiando las Sagradas Escrituras, que ha de ser su afán de todos los días. Hai, sin embargo, quienes juzgan que esa necesidad es suplida por los otros ramos teológicos, i que por lo tanto, sin mayor perjuicio para la juventud que aspira al sacerdocio, puede omitirse el estudio especial de las Escrituras Sagradas i de todo aquello que está íntimamente relacionado con ese estudio. No niego yo que la teología dogmática i la moral, i otros ramos de ciencias sagradas, sean preparación para estudiar los libros sagrados; que en esas disciplinas pueda aprenderse o se aprenda mucha materia bíblica, i que cuando no es posible hacer otra cosa debemos contentarnos con eso. Mas, es un error i un error gravísimo, imaginar que tal cosa basta para que quede espedito el camino al que por obligación durante toda su vida debe meditar la Biblia, enseñarla i defenderla delante del pueblo, i que en consecuencia no se requiera una preparación especial para estudiar i vindicar el Libro de Dios. Una experiencia constante manifiesta que los que no se han acostumbrado desde jóvenes a leer las sagradas páginas, con facilidad les pierden el amor i tampoco se dedican después a esa lectura i estudio. Lejos de ser suficientes las otras disciplinas teológicas para el conocimiento de las Sagradas Escrituras, es este conocimiento la fuente de todos ellos, de manera que sin él tampoco se las puede penetrar en su

verdadera estension i profundidad. I esto me da lugar a otro jénero de consideraciones en favor de la justísima causa que estoi defendiendo.

La regla próxima de nuestra fé es la Iglesia, i las reglas remotas son las Sagradas Escrituras i la Tradicion. Quiere decir esto que recibimos la fé inmediatamente por el órgano vivo de la Iglesia, pero que ésta no enseña otra cosa sino lo que está contenido en las Escrituras i en la Tradicion. Ahora bien, si en la Tradicion se encuentra cierto número de verdades que no nos constan por las Escrituras, en jeneral no hace mas que reproducir, explicar i desarrollar lo que allí se enseña. Tal ha sido el copioso beneficio de Dios para con los hombres que, a fin de que se conservara ileso el depósito augusto de la revelacion, ha querido Él mismo inspirar i ser verdadero autor de los libros que la trasmitirian en el curso de las jeneraciones. I no se necesita mas para persuadirse de que todas las disciplinas teológicas, cuyo objeto no es otro que las verdades reveladas, tienen por fuente principal las Sagradas Escrituras; voi a recorrerlas, sin embargo, una por una, para que se vea mas claramente esa verdad.

Corresponde el primer lugar en la enumeracion que emprendo, a la teología dogmática. Puede dividirse ésta en tres parte: la primera isagójica, que comprende lo que los teólogos llaman los preámbulos de la fé; la segunda dogmática propiamente dicha o positiva, que recorre los dogmas mismos de la fé, da a conocer los fundamentos en que se apoya i refuta las objeciones que se oponen contra ellos; i la tercera escolástica, llamada tambien por antonomasia especulativa, que penetra mas hondamente en la investigacion de los dogmas, manifiesta las relaciones que ligan a los unos con los otros i las consecuencias en ellos envueltas, i procura en cuanto es posible el conocimiento de los misterios i la enunciacion científica de los dogmas. En cualquiera de estas partes el teólogo dog-

mático necesita de un mui sério estudio de las Sagradas Escrituras.

Los preámbulos de la fé, enseñan principalmente los motivos de credibilidad que reviste la única relijion verdadera, la cual no es otra sino la contenida en las Sagradas Escrituras i la Divina Tradicion, bajo el majisterio de la Iglesia Católica. Tiénense como motivos de credibilidad de la relijion verdadera la excelencia de su doctrina i de su moral, los milagros i profecías obrados en su favor, las virtudes heróicas de los que la han promulgado como revelada, i sobre todo, la vida inmaculada de Aquel que se dijo Hijo de Dios i selló con su sangre la enseña que trajo a la tierra, la multitud inmensa de mártires que en todos tiempos la han confirmado, su admirable propagacion i su maravillosa conservacion a pesar de los ataques de toda clase i de las persecuciones que en todas épocas ha arrostrado, las obras estupendas que ha realizado en el mundo, etc. No hai necesidad absoluta, ciertamente, de las obras bíblicas para establecer muchos de estos motivos de credibilidad, ya que nos constan tambien por otras fuentes i aún algunos de ellos no podian quedar consignados en los libros que componen el Antiguo i el Nuevo Testamento. Pero los mas notables i mas elocuentes, como son la doctrina i la moral de la relijion verdadera, los principales milagros i profecías cumplidas que la atestiguan, las virtudes heróicas de los que la promulgaron i principalmente la vida santísima del Hijo de Dios humanado, aparecen sobre todo i en toda su magnificencia en los libros bíblicos, que para el caso se toman como simples testimonios humanos que merecen nuestra completa aquiescencia. Por lo tanto, para esponer bien los motivos de credibilidad de la relijion verdadera, es indispensable probar la autenticidad, veracidad e integridad de los libros sagrados o por lo menos de los principales, i de que han quedado pruebas mas claras de su autoridad humana, como son el Pentateuco, los mas notables profe-

tas, los Evangelios; i esta materia es propia, no necesito advertirlo, del estudio de las Sagradas Escrituras. Además, debemos penetrar en esos libros, estudiarlos mui seriamente para reconocer la doctrina i la moral de la religion revelada que enseñan, los milagros i las profecias que la testifican, i la vida de los que la promulgaron, i sobre todo la vida de Jesucristo, que es el centro adonde miran todas esas obras.

Probada en la parte isagógica de la teología dogmática la mision divina de la Iglesia, a cuya guarda ha sido confiado el depósito de las Sagradas Escrituras i de la Divina Tradicion, entra la segunda parte o sea la dogmática propiamente dicha, a esponer los dogmas enseñados por la Iglesia, a probarlos i a vindicarlos de las impugnaciones de los enemigos de la religion. Pero ¿de dónde se toman las pruebas de los dogmas? Principalmente de las Sagradas Escrituras, i en esta parte el deber del teólogo dogmático se reduce, mas que a todo, a manifestar que los símbolos autorizados en la sociedad cristiana, las definiciones conciliares, etc., léjos de discrepar no hacen mas que reproducir la doctrina de los libros sagrados. Para llenar dignamente tal tarea no basta, por cierto, recójer de aquí i de allá algunos textos de las sagradas páginas: se requiere una profunda versacion en la Biblia; ya que la identidad de la enseñanza de la Iglesia con la enseñanza de los libros divinos no está siempre ni podía estar en la letra i en la forma, sino en el espíritu i en la esencia, que aquélla conserva indefectiblemente a pesar de que varía de espresiones segun las circunstancias i reviste un nuevo exterior conforme con las exigencias de las diferentes épocas. Igual profundidad escrituraria se necesita para rebatir las objeciones contra los dogmas, las cuales se fundan de ordinario en malas interpretaciones de los textos sagrados, que para desvanecerlas exigen muchas veces serios conocimientos exejéticos.

Por último, la parte denominada por antonomasia, espe-

culativa de la teología dogmática, relaciona unos dogmas con otros, saca las consecuencias que de ellos se deducen i con todo esto da a conocer en cuanto es dable, los misterios revelados i forma la ciencia propiamente teológica. Si las bases de esta parte de la teología dogmática no son otras que los dogmas, i si para probarlos i vindicarlos se requiere un profundo estudio de las Sagradas Escrituras, dicho se está que con la misma necesidad carga la parte por antonomasia especulativa de esa disciplina sagrada. Pero no es esto solo; porque el edificio mismo levantado por la especulacion de los dogmas se encuentra diseñado en los libros divinos, i los teólogos no han tenido mas que abundar en su meditacion para sacar de allí esas sublimes elucubraciones, que como ningunas otras arroban el entendimiento i dejan puros goces en el corazon. No tendria cuándo concluir si quisiera probar lo que estoi diciendo; pero baste una reflexion por todas. ¿Quién, leyendo las cartas de San Pablo i todo lo que en ellas se dice sobre los diferentes destinos del pueblo judío i de las naciones, sobre los puntos de union i las diferencias entre la lei mosaica i la lei cristiana, sobre la mediacion divina, el reino i pontificado del Cristo, sobre la gracia i sus inefables operaciones, sobre la solidariedad universal i el mérito, sobre las relaciones, en fin, entre Dios i el hombre por medio del Cristo i de su Iglesia; quién, digo, en todas estas cosas i en la manera como son espuestas por un jénio que asombra, deja de ver, no solo los dogmas cristianos, sino la filosofía de esos dogmas, i puede dejar de reconocer no solo al apóstol inspirado, sino tambien al verdadero fundador de la ciencia teológica?

La teología dogmática, como se acaba de ver, versa toda sobre los dogmas, o en otros términos, da a conocer las verdades que la religion propone a nuestra fé para que las creamos. Ahora, la teología moral tiene por objeto la aplicacion de esas mismas verdades a las acciones i de este modo dirige las costumbres. Sin agregar otra cosa, se

comprende de sobra que, tanto en el establecimiento de los principios jenerales de la moral, como en el de los particulares, i en la acertada resolucion de la variedad inmensa de casos a que dan lugar los actos humanos, el teólogo moralista debe sobre todo fundarse en las Sagradas Escrituras, que es la fuente en que principalmente se contiene la suma de las verdades reveladas.

Todavía, de la teología moral se desprenden como dos ramas de un mismo tronco, la ascética i la mística. Defínese la primera: la ciencia o el arte que conduce al hombre a la perfecta santidad, esto es, a la caridad pura, separada, en cuanto es dable durante esta vida, de toda mancha que pudiera afearla; i para conseguir tal cosa, suministra los medios de separarse del pecado, de remover los demas obstáculos que se oponen a la perfeccion, i de adquirir las virtudes hasta poder llegar a un altísimo grado de caridad. Enseña la segunda las vías estraordinarias por que Dios conduce a ciertas almas privilegiadas, los diversos grados que hai que recorrer en esos caminos, la manera de aprovecharse de las singularísimas gracias divinas i de combatir la accion del demonio tan frecuente contra las almas que van por tales sendas; el logro, en fin, de la union con Dios por un estrechísimo amor. I bien, ¿no son los libros sagrados la fuente purísima donde se encuentran las enseñanzas ascéticas i místicas? ¿No están allí delineados todos los grados de perfeccion que pueda adquirirse el mortal? ¿A qué otra parte mejor iremos a buscar los medios de separar los obstáculos que se oponen a la santidad i de conseguir las virtudes? ¿De dónde sino de las obras inspiradas hemos sabido los caminos estraordinarios por que lleva Dios a ciertas almas i la manera de prestarles valimentos? ¿No es, por último, en esas obras, donde los ascéticos i místicos han ido a beber la doctrina que han espuesto, desarrollado i aplicado en toda su estension?

Rama de la teología moral es tambien la teología pasto-

ral, pero por la latitud de las materias que abarca, conviene tratarla por separado, i de hecho así se la trata en diversos institutos de enseñanzas sagradas. Da a conocer esta disciplina los ritos, ceremonias i demas cosas que es necesario saber para la celebracion de la misa, para la administracion de los sacramentos, para el rezo privado i solemne del oficio divino i para todo aquello que pertenece al cuidado de las almas que han sido confiadas a los sacerdotes. En los ritos i ceremonias, la Iglesia, en parte ha tenido que ajustarse a las prescripciones divinas consignadas en los libros sagrados, en parte de su libre eleccion ha imitado las ceremonias de la lei mosaica, i en todos ellos hace continuas referencias a los dictados de las obras divinas o prescribe recitar gran parte de esas obras, como sucede especialmente en la celebracion de la misa i en el rezo del oficio divino. De todo esto se sigue que el estudio razonado de los ritos i ceremonias impone un conocimiento mas o menos sério de las Sagradas Escrituras. ¿I quién negará que ese conocimiento es necesario para saber cuáles son los pastos saludables que los sacerdotes deben ofrecer a los fieles confiados a su solicitud?

Después de las teologías propiamente dichas, debo mencionar el derecho canónico, que investiga la constitucion de la Iglesia i su lejislacion en las muchas i variadas materias concernientes al bien espiritual que ha abarcado al traves de los siglos. Mas, la Iglesia no se ha dado a sí misma su constitucion, la ha recibido de su divino Fundador i en sus principales bases por lo menos consta de los libros inspirados. Además, las leyes canónicas en parte no son mas que las mismas prescripciones divinas consagradas en la Escritura i en la Tradicion o conocidas por la simple luz natural, i en parte no hacen sino interpretar, desarrollar o aplicar ese mismo derecho. Después de esto, pregunto, ¿podrá algúien ser buen canonista sin estar mas o menos versado en la ciencia escrituraria?

Otra disciplina sagrada es la patrística, esto es, el es-

tudio de la Divina Tradicion en sus fuentes mismas; el conocimiento de las obras de los padres de la Iglesia, esos hombres providenciales mandados por Dios para esponer las enseñanzas de las Divinas Letras, para hacer de ellas las mas variadas i trascendentales aplicaciones, i para defenderlas con todos los recursos de su ingenio i de su erudicion, de los ataques que recibian en su tiempo. I no hai que decir mas para ver que ese estudio debe hacerse conjuntamente con el de las Sagradas Escrituras o que supone ya hecho este último, pues si las cartas, apolojías, discursos, homilias, tratados de los padres, versan especialmente sobre los libros divinos o sus enseñanzas, claro está que es indispensable conocer el testo sagrado i tenerlo siempre a la mano, para poderse imponer bien de aquellas piezas i para saber apreciar su mérito.

Por último, ¿quién negará la necesidad del sério conocimiento de las obras divinas para el estudio de la historia eclesiástica? La Iglesia sube hasta el principio de los tiempos; i Dios no se contentó con crear al hombre, sino que tambien lo elevó a la participacion de su vida divina; la historia de las relaciones sobrenaturales entre Dios i el hombre hasta que apareció en la tierra la luz increada, nos consta por los libros del Antiguo Testamento. Pero la Iglesia recibió la última mano i fué verdaderamente formada por el Verbo hecho carne, Jesucristo; la vida de Jesucristo, las obras estupendas salidas de sus manos, la doctrina que enseñó i selló con su sangre, las sabemos por los Evangelios. Vuelto el Verbo Divino al seno de su Padre, envió de allá al Espíritu Santo sobre los Apóstoles i llenos éstos repentinamente de la luz i del valor celestial predicaron por todas partes el nombre de Jesucristo, desafiaron las persecuciones, organizaron la sociedad cristiana, intimaron a los fieles las primeras leyes canónicas, i con los admirables triunfos que consiguieron preludiaron lo que habia de obedecer siempre la Iglesia en la série de los tiempos; todas estas cosas nos son referi-

das en los Hechos Apostólicos i en las Epístolas de los apóstoles. Ni porque la narracion de los autores inspirados llega solo hasta aquí, deja de ser indispensable la versación en sus obras para el estudio de la historia de la sociedad divina fundada por Cristo en los siglos posteriores hasta el presente; ya que a ellas debemos constantemente acudir para conocer el desenvolvimiento del dogma i de la moral revelados en el seno de la Iglesia, i para apreciar i refutar las herejías i los cismas que han procurado siempre parapetarse con textos tomados de la palabra divina escrita.

Véase, pues, que todas las disciplinas sagradas requieren vastos conocimientos de las Sagradas Escrituras, i que, estando desprovisto de ellos, es imposible abarcarlas en su verdadera estension i profundidad; puesto que todas se desprenden de allí, como rios que tienen una misma fuente i ramas que nacen de un mismo tronco. Pero no es esto solo, i el ejercicio constante del ministerio sagrado, pide a los sacerdotes que tengan siempre sus ojos puestos en la Biblia, que estudien i mediten ese libro, que con tanta razon se ha llamado el libro sacerdotal. Desempeñamos una legacion divina que nos ha confiado el Cristo, i no puede ser buen legado quien no conoce bien las letras en que está consignada la voluntad augusta del que nos ha confiado esa mision. Debemos ser hombres de Dios, segun el lenguaje del apóstol, i para conseguir el espíritu i el lenguaje de Dios, es necesario familiarizarnos con la palabra divina, estudiarla, meditarla con asídúo empeño. Recórranse las diversas funciones del ministerio sacerdotal, i véase si no es verdad lo que afirmo.

Ya he notado que en la celebracion del sacrificio de la misa, en la administracion de los sacramentos, en el rezo del oficio divino, la Iglesia nos hace recitar constantemente los libros sagrados. ¿I no es verdad que para llenar dignamente esas funciones i para entrar en el espíritu de nuestra madre debamos en consecuencia entender lo que

recitamos, i por un estudio sério de la palabra divina escrita penetrar en sus profundas enseñanzas?

En el tribunal de la penitencia inviste a la vez el sacerdote los caractéres de padre, maestro, médico i juez. Como padre debe estar lleno de caridad para con los penitentes. Como maestro, necesita dar sábios consejos i enseñar el recto camino que conduce a la salvacion. Como médico, tócale suministrar oportunos remedios a las heridas de las almas i precaver las nuevas caídas. Como juez, en fin, tiene que resolver las cuestiones que se le proponen i procurar que sea acertada su sentencia. I bien, ¿en qué otra parte mejor que en los libros sagrados encontrará todo lo que necesita para llenar como debe tan delicadas funciones? ¿No es en su constante meditacion, donde se inflama la caridad, se bebe la sana doctrina, se recojen abundantes ejemplos i eficaces remedios que inciten al bien, i se aprende la discrecion necesaria para juzgar en todo lo concerniente al progreso espiritual de las almas?

Pero es sobre todo en la tarea de la predicacion, en la que se palpa la necesidad que el sacerdote tiene de muchos conocimientos i versacion en las sagradas pájinas. No es la palabra humana sino la palabra divina, la que se anuncia desde la altura del púlpito, i cuando se hace otra cosa se profama la cátedra sagrada. El predicador, pues, en fuerza de su ministerio, debe saber esponer los libros sagrados, aplicar sus enseñanzas a la moralizacion de los pueblos i al fomento de la piedad, i defenderlos contra los que sin cesar los atacan. Tal es la tradicion gloriosa que nos han legado los Padres de la Iglesia i los príncipes de la elocuencia cristiana en todos tiempos. Ni se diga que, reducida así, se agota la materia de la predicacion; porque si su simple enumeracion no manifiesta ya cuán dilatada es la meditacion de los libros sagrados, demuestra que encierran un fondo inagotable, i que mientras mas se los estudia mas cosas nuevas se descubren en ellos.

No entra especialmente en mi propósito, pero este es el lugar de indicar siquiera la influencia del estudio de las Sagradas Escrituras en las diferentes disciplinas profanas. Seria un libro de muchos volúmenes aquel en que se intentara consignar los distintos modos mas o menos directos como las Sagradas Letras, que encierran preciosos elojios de las ciencias i de las artes humanas, han influido en su formacion, en su desarrollo i en sus progresos; quiero, sin embargo, decir solo aquí una que otra cosa sobre tan hermoso asunto.

No se necesita, ciertamente, discurrir mucho para convencerse de que la enseñanza de los libros sagrados ha depurado la filosofía de los errores, le ha abierto espacios horizontes i la ha elevado a sublime altura. La historia de esa ciencia prueba este hecho de una manera esplendente en cada una de sus páginas. Nunca, a la verdad, la filosofía descansó sobre mas firmes bases, se remontó en mas encumbrado vuelo, ni contó mas dignos representantes, que cuando ha estado íntimamente unida con la relijion i los grandes filósofos han sido al mismo tiempo grandes teólogos. Al contrario, en los tiempos antiguos, en que no era conocida la revelacion en las escuelas filosóficas, los mas sublimes jénios pagaron su tributo a la flaqueza del entendimiento humano, cayendo en profundos errores. I otro tanto ha sucedido en los tiempos modernos, donde quiera que se ha querido divorciar la enseñanza filosófica de la enseñanza relijiosa, siendo las mas tristes aberraciones de la razon humana las consecuencias de ese malhadado divorcio.

¿Qué diré de la influencia de la Biblia en la literatura? ¿Cómo me fuera dable resumir en pocas palabras cuanto pudiese dar una idea justa del mérito literario de los libros sagrados? Encierran esas obras la mas grande sublimidad del pensamiento, la mas natural belleza de estilo, la mas rica i graciosa poesía; i delante de los cuadros pintorescos i de los cánticos sublimes de Moises, de las ar-

monías inimitables de la lira de David, de la elevacion del pensamiento de Salomon, del fuego de la elocuencia de Isaías, de los lastimeros ayes de Jeremías, de la grandiosidad incomparable de la epopeya de Job, quedan pálidas i frias las producciones mas preciadas de los jénios de la Grecia i de Roma, como Homero, Píndaro, Platon, Virgilio, Horacio, Ovidio. ni pueden resistir la comparacion los poetas de los pueblos orientales, que en la lengua, la imaginacion, el clima gozaron muchas de las ventajas de los vates hebreos. I el incomparable valor literario de los libros divinos no solo ha sido exaltado por los grandes hombres de los primeros siglos cristianos, San Jerónimo, San Agustin, San Basilio, San Juan Crisóstomo, etc., etc., a quienes podria cautivar mas que otra cosa su novedad, sino tambien por todos los críticos célebres de los siglos posteriores, entre los cuales basta nombrar Frai Luis de Leon, Fenelon, Rollin, Le-Batteux, Lowth, Aucillon, Herder, los dos Rosenmüller, Eichorn, etc., etc. Ha habido aún quien ha tratado de probar la divinidad de la poesía hebraica por su excelencia, i Willian Jones, tan versado en la literatura de los pueblos orientales, cuyas lenguas poseia, i conocedor profundo de las tradiciones e historia de todas las naciones de la tierra, confiesa que hai mas verdad i filosofia, mas poesía i elocuencia en la Biblia, que en todos los otros libros cuyos idiomas sabia.

Después de esto, no es de estrañar que a esos purísimos raudales de sublimidad, de belleza, de fuego, de encanto i de amor, hayan ido a saciar su sed i a beber sus encumbradas inspiraciones todos los poetas, todos los grandes jénios, que en los tiempos modernos han brillado en las literaturas de los pueblos occidentales. Allí aprendieron a cantar hondos jemidos, a describir terribles visiones, a entonar el canto épico en toda su magnificencia, a dar nuevo realce a la tragedia, Petrarca, Dante, Milton, Klóspok, Racine i demas ilustres vates que arrebatan con su encanto i hechizan con la armonía de sus can-

felices, mas libres i mas dignos de su libertad. No puede, por lo tanto, prescindirse de conocerla para estudiar a fondo la lejislacion, la ciencia social i política, i para apreciar debidamente la civilizacion moderna, que cuanto mas grande encierra lo debe a ese libro misterioso i divino.

Otra rama del saber profano inmensamente deudora al estudio de las Sagradas Escrituras, es la filolojía. Como sabeis, los libros sagrados fueron escritos orijinalmente en lenguas que hace mucho tiempo dejaron de hablarse; i por esto solo ya, merced al sagrado testo, se conservan hasta ahora el hebreo i el dialecto griego especial del Nuevo Testamento. Agréguese que las circunstancias de haber sido escrita orijinalmente en griego una gran parte de la Biblia, de encontrarse en ese idioma la traduccion mas antigua del resto de ella, i de ser traducciones latinas de los libros sagrados las que han estado constantemente en uso en los pueblos cristianos occidentales, mereciendo una de ellas la declaracion de auténtica por el concilio de Trento, han sido siempre poderosísimos estímulos que han impulsado a la Iglesia a conservar i fomentar el estudio de las letras griegas i latinas que tanta importancia tiene en las investigaciones filolójicas.

Pero la Biblia ha sido traducida a todas las lenguas, i por medio de repetidas versiones se ha procurado que siempre esté su lectura al alcance del pueblo. Síguese de aquí que, en los pueblos cristianos, tengamos en las traducciones de diferentes tiempos de los libros sagrados un excelente medio, no solo de conocer sus lenguas sino tambien la historia misma de estas lenguas. A este propósito yo no puedo dejar de recordar lo que decia el señor don Andrés Bello, primer rector de esta Universidad i tan profundo conocedor del idioma castellano, en una comunicacion dirijida, poco mas de dos años ántes de su muerte, a don Manuel Breton de los Herreros, secretario entonces de la Real Academia española. Habiendo llegado

ciones. En esas fuentes se nutrió mui principalmente la rica, variada, fecunda poesía española, i de allí tomaron sus sublimes acentos, sus lastimeros ayes, su encumbreado vuelo, Frai Luis de Leon, Herrera, Rioja, Calderon i tantos otros insignes poetas, que cuenta la nacion ibérica. Ya he dicho, en fin, que esa i no otra ha sido la escuela de la elocuencia cristiana i que la frecuentaron por lo tanto, San Efreu, San Basilio, San Agustin, San Ambrosio, San Bernardo i demas Padres de la Iglesia; Bossuet, Bourdaloue, Fenelon, Massillon, i todos los oradores sagrados de los tiempos modernos; San Juan de la Cruz, Granada, Avila, Santa Teresa de Jesus, San Francisco de Sales, Faber i demas escritores ascéticos i místicos.

En las Sagradas Escrituras se contienen los archivos mas preciosos i los datos mas antiguos del jénero humano, los orjenes de los pueblos i naciones, su manera de ser primitiva i sus posteriores progresos. Por esto puede colejirse cuánta es su importancia para la historia; i sin su auxilio, ésta que, libre de fábulas, apenas sube en los autores profanos algunos siglos ántes del grandioso acontecimiento del Calvario, no habria podido jamás descifrar el caos de los primeros tiempos. Pero no es esto solo: porque las sagradas pájinas en la historia de un pueblo tejen la historia de todos los pueblos; nos manifiestan que todos, sin perder su libertad, son conducidos, sin embargo, por misteriosos anillos a la realizacion del plan grandioso que se ha propuesto la Providencia llenar en la humanidad, i nos dan así a conocer la verdadera filosofia de la historia que con tanto acierto desarrolló San Agustin en su *Ciudad de Dios*, i después de él Bossuet en su famoso *Discurso sobre la historia universal*.

La Biblia, una vez que traspasó los confines de la Judea i su doctrina se esparció por todas partes, ha renovado la faz del mundo, ha cambiado radicalmente las costumbres, las instituciones i las leyes, i su savia fecunda a medida que infiltra en los pueblos hace a éstos mas

a su noticia que la Real Academia, entre otros trabajos importantes, se ocupaba en formar un *Diccionario de voces i frases anticuadas*, espone en dicha comunicacion que no tiene noticia de una mina mas rica de materiales para la elaboracion del proyectado diccionario, que la que suministran algunas versiones literales de la *Vulgata* al castellano de los siglos XII i XIII, citadas por el padre Scio en las notas a su traduccion de la Biblia, cuyos manuscritos, a decir del mismo autor, se conservan en la biblioteca del Escorial, i confiesa ademas el señor Bello que los breves fragmentos intercalados en las notas de la Biblia del padre Scio le han servido a él de no pequeño auxilio para la intelijencia de las mas antiguas obras castellanas.

En fin, las versiones de la Biblia a todas las lenguas, las traducciones de partes siquiera del sagrado testo por los misioneros a idiomas incultos i de pueblos apenas conocidos, han preparado los grandes trabajos contemporáneos i los mui notable resultados a que se ha llegado en la filología comparada o en la lingüística propiamente dicha, de que luego voi a tener que hablar.

Los libros sagrados han sido escritos con el fin único de darnos a conocer las verdades religiosas, tomando en un sentido lato esta última palabra, i por lo tanto no debe irse propiamente a buscar allá conocimientos de disciplinas profanas ni sobre todo de ciencias físicas i naturales. Esta es una verdad que debe reconocerse por todos, i en una ocasion mui cercana he tenido la oportunidad de procurar ponerla de manifiesto. Mas, ya por los elojios que encierran las sagradas pájinas de las ciencias i de las artes, al mismo tiempo que incitan a conocerlas, ya por la relacion que tienen todas las verdades entre sí i por la supremacía de que las verdades religiosas gozan sobre las demás; ya por las indicaciones que el sagrado testo refiriendo los hechos entre Dios i el hombre, hace mui principalmente sobre el pueblo hebreo, i tambien sobre muchos

otros pueblos; ya por la manera como los libros divinos se han difundido i llegado hasta nosotros; ya, en fin, por las investigaciones de todo jénero a que se han entregado los intérpretes i críticos sagrados para esponerlos i defenderlos; ello en realidad, no impide que el estudio de las Sagradas Escrituras influya poderosamente en todas las disciplinas profanas.

Así es como, fuera de todo lo que queda dicho, los datos que se encuentran en las obras divinas acerca de los pueblos antiguos, sus costumbres, su jeografía, etc., han promovido grandes investigaciones arqueológicas, etnológicas, antropológicas, jeográficas, etc. Así es tambien como, aunque la Biblia no tiene propiamente cronología, las preciosas indicaciones que a este respecto se hallan esparcidas aquí i allá en sus páginas, han servido admirablemente para computar el tiempo i han dado lugar a muchos sabios sistemas cronológicos. Así es, en fin, como las mismas ciencias físicas i naturales han recibido de aquí poderosos impulsos, ya que los defensores de la palabra divina escrita, han tenido que manifestar el acuerdo que existe entre aquéllas i ésta, i desvanecer las objeciones con que se pretende rasgar esa armonía inquebrantable.

Por último, las artes deben reconocerse deudoras de la Biblia. Lejos de desdeñarlas, elójiánlas las sagradas páginas, nos enseñan que el Hijo de Dios, cuando vino a la tierra, quiso ser un pobre artesano. Mas, sobre todo, las bellas artes, la pintura, la escultura, la arquitectura, la música han encontrado allí una fuente fecunda de inspiracion, que ha dado origen a sus portentosas creaciones, a sus gigantescos monumentos, a sus sublimes i majestuosas armonías. Tales son, entre otras muchas, las que han inmortalizado a Rafael, Murillo, Miguel Anjel, Hayden i Hendel.

III.

Si las consideraciones hasta aquí espuestas no fueren sobradas para manifestar la importancia del estudio de las Sagradas Escrituras en toda su estension, i la necesidad en que están de entregarse a él desde temprano i de continuarlo siempre, los dedicados al ministerio sacerdotal, bastaría solo tender la vista al estado actual de la polémica relijiosa. Sin duda, en el dilatado campo que abarca esta lucha, los enemigos combaten por todos lados la relijion; pero, por poco que se penetre en ella, se convendrá en que el blanco de sus tiros es la Biblia, i la arena principal del combate no otra que la materia propiamente bíblica. Llegado aquí, siento verdaderamente que este discurso se encuentre ya bastante prolongado, i que, por lo mismo, sin abusar de vuestra induljencia, no pueda entenderme como quisiera en este otro aspecto de la cuestion, teniendo así que limitarme a someras indicaciones. Ni serian suficientes los límites de un discurso entero para esponer debidamente el estado actual de la polémica relijiosa, i para hacer valer todos los argumentos que pueden deducirse de allí en favor de los intereses sagrados que me ocupan.

Blasona nuestro siglo de grandes progresos científicos, i créese irradiado por aureolas de luz, que ni parecidas siquiera gozaron todos los siglos anteriores. Ciertamente hai muchísima exajeracion en los resultados a que han llegado en nuestros tiempos las ciencias, i nótese aún un marcado i universal prurito de ponderarlos sobre toda ponderacion. Mas, no por esto puede negarse que diversas disciplinas del saber han adquirido en la época a que alcanzamos preciosísimas conquistas, otras se han desarrollado en gran manera, otras han nacido al calor del movimiento intelectual de nuestro siglo, i que en jeneral se han dilatado i popularizado los horizontes de los conoci-

mientos humanos. I bien, de todos esos resultados adquiridos en las ciencias se nutre la polémica religiosa, i todos de ordinario van de un modo especial a relacionarse con la materia propiamente bíblica.

Entre las ciencias que se cultivan con esmero en nuestro siglo i que han adquirido mui notables progresos en él, ninguna mas digna de consideracion que la lingüística o sea la filosofía comparada. Creada, puede decirse, por el gran jénio de Leibnitz, que fijó sus principios fundamentales, previó su futuro desarrollo i señaló sus grandes destinos i aplicaciones, han sido necesarios los esfuerzos i pacientes estudios de muchos filólogos que sobre todo han florecido en nuestra epoca, Bopp, Grimm, Guillermo i Federico Schlegel, Remusat, Marsden, Grawford, Guillermo Humboldt, Wiseman, Müller, Schleicher, para que adquiriera el lugar tan distinguido que ocupa en el dia en el catálogo de las ciencias. No se me oculta que con demasia se ponderan sus descubrimientos i se dilatan sus horizontes; pero es incuestionable que son en realidad sorprendentes los resultados que ha conseguido.

Merced a las laboriosas investigaciones de los filólogos, el reino inmenso del lenguaje, plantado en la tierra fecunda de la intelijencia humana, es explorado, como los zoólogos exploran el reino de la vida animal i los botánicos el de las plantas. Estúdiense, en consecuencia, las diversas lenguas, penétrase en su organismo i descúbrese la manera cómo nacen, se desarrollan i mueren. En seguida se han relacionado unos idiomas con otros; mediante las relaciones encontradas en ellos, se los ha eslabonado en grupos, i a los grupos en familias, en las cuales tambien se han descubierto puntos de union que revelan un orijen comun; de la misma manera, en fin, que con el auxilio de la paleontología los zoólogos i los botánicos completan la escala de las especies de los animales i de las plantas i han llegado a descubrir especies estinguidas, así igualmente con el auxilio de idiomas que ya desde mucho tiem-

po han dejado de hablarse, los filólogos recomponen el catálogo de las lenguas i han columbrado la existencia de idiomas perdidos. Tenemos, pues, en vista de los estudios filológicos, clasificados los idiomas en ramas mas o menos estensas i algunas tan dilatadas que abrazan pueblos divididos por los lugares, los climas, las costumbres i aún las razas; mas, hasta ahora es un misterio el tronco comun de donde parece han brotado todas esas ramas, ni hai esperanzas de contarle jamás. I los resultados obtenidos en la filología comparada no paran aquí; porque se han hecho de ellos maravillosas aplicaciones a la etnología; i con su ayuda se han descubierto las emigraciones de diversos pueblos, sus ideas en remotísimos tiempos, sus costumbres, allí, donde no habia podido penetrar la historia, ni la arqueología, ni la fisiología para descorrer el velo de las antigüedades. A la verdad, el lazo del lenguaje es mas consistente que todos los otros de la naturaleza, i en él quedan retratadas las ideas relijiosas i admirablemente impresas las huellas de la vida pacífica i pastoril, de las costumbres guerreras i de las diversas conquistas de la civilizacion.

Déjase comprender por sí sola la relacion que tiene la filología comparada i sus resultados con las enseñanzas de los libros divinos, i la necesidad, por lo tanto, en que está el escriturario de seguirlos mui de cerca. Refiérese en una de las primeras pájinas del Génesis que los hombres hablaron primitivamente una sola lengua, i que, habiendo pretendido edificar un monumento jigantesco que perpetuara sus glorias, Dios confundió sus lenguas i tuvieron que dispersarse por la tierra antes de acabar la famosa torre proyectada. No es este el lugar de esponer la verdadera intelijencia de ese célebre pasaje bíblico; pero sea como quiera, apoyados en él, los teólogos i filólogos de otros tiempos trabajaron, con mas empeño que los antiguos alquimistas en descubrir la piedra filosofal, por encontrar i probar entre las lenguas conocidas cuál era la

lengua que habian hablado primero los hombres i a qué debian su origen todas las demas, jeneralmente se atribuia esta gloria al hebreo; quienes la dieron al caldeo; quienes al chino, i llegó aún a hacerse nacional la cuestion, atribuyendo algunos autores el honor de ser lengua madre de todas, a alguna de las habladas o de las que habian sido habladas en tiempos antiguos en sus respectivas patrias. Mientras la filología comparada carecia de principios fijos, o mejor dicho, no existia tal ciencia, la cuestion propuesta era en sí mui inocente, i podia mirarse como un ejercicio de etimologías para los eruditos: mas, cuando principiaron a echarse los cimientos de la lingüística i a conocerse las diferentes estructuras de las lenguas, los incrédulos se aprovecharon de este primer periodo de oscuridad de la ciencia, para combatir la relacion jenesiaca acerca de la unidad primitiva del lenguaje, i para negar, en consecuencia, la unidad del jénero humano, base tan fundamental de las creencias relijiosas; i los mismos creyentes vieron allí una objecion formidable contra la revelacion.

En verdad, como acabais de ver, los progresos recientes de la lingüística han desvanecido esas objeciones i deshecho esos temores, al mismo tiempo que han dado la razon a los libros sagrados, pues cada vez mas, las lenguas, por distintas que sean, se reunen en grandes centros o familias i aún entre éstas se encuentran puntos de union que muestran un comun origen. Mas, no por esto ha cesado la necesidad en que está el polemista relijioso de confrontar la filología comparada con la enseñanza de los libros sagrados. Desde luego, deber suyo es recojer el precioso botin que ha quedado en la pelea i adornar con él el triunfo de la palabra divina escrita. En seguida, si los mejores i mas célebres filólogos reconocen la unidad primitiva del lenguaje, hai quienes piensan de una manera opuesta, i el campo de la filología comparada está mui distante de haber sido completamente abarcado: necesita,

por lo tanto, combatir a los últimos i prevenir las objeciones a que darán lugar los futuros adelantos de la ciencia. Además, diversos filólogos piden un exajerado espacio de tiempo para el desarrollo de las lenguas de que hai memoria, i creen en consecuencia que las investigaciones lingüísticas contradicen por esta parte a los libros sagrados; de donde nace para sus defensores la obligacion de desvanecer tales sueños i de confrontar los datos cronológicos que se encuentran en el sagrado testo con los que pueden recojerse de una manera cierta en el campo de las referidas investigaciones. En fin, es necesario aprovecharlos resultados a que ha llegado la filología comparada acerca de las ideas religiosas i costumbres de los pueblos, para ver la conformidad que hai en ellos con las enseñanzas de los libros divinos i para combatir las objeciones contra éstos de allí tomadas.

Juntamente con las lenguas, se han estudiado con empeño en nuestra época las literaturas de los pueblos antiguos, que en otras épocas fueron desconocidas en las naciones civilizadas de Europa. Refiérome a las literaturas persa, china e india: de los otros pueblos antiguos, que no sean el hebreo, el griego i el latino, no nos quedan propiamente libros o solo se han conservado fragmentos en los autores griegos i latinos. Todavía, los libros persas i chinos son conocidos en occidente desde siglos anteriores, ya por los misioneros que han ido a evangelizar, sobre todo a la China, ya por las mayores relaciones que han ligado a la Persia con los pueblos del continente europeo; mas, de todos modos en nuestros tiempos se los ha estudiado i examinado con mas ardor. Por lo que respecta a la literatura india, su estudio, puede decirse, pertenece al siglo presente; porque, aunque tambien eran conocidas antes algunas de sus obras, el gusto i fomento de la literatura sanscrita en las naciones europeas data propiamente desde que, adueñada la Inglaterra del rico suelo de la India, establecióse en Calcuta a fines del siglo pasa-

do una sociedad literaria, que tuvo la gran ventaja de ser sucesivamente dirigida por tres hombres muy notables, Jones, Colebrooke y Wilson, y que comunicó a los pueblos occidentales grandes riquezas literarias de la India.

Y bien, los estudios de las literaturas persa, china e india, han sido mina fecunda de objeciones contra la Biblia. Por una parte, las indicaciones astronómicas, las listas de jeonolojías, las fechas y demás datos cronológicos que se han encontrado, sobre todo en los libros de los indios y de los chinos, han servido para atribuirles una antigüedad prodijiosa, que no se puede o no se quiere compadecer con la que le es permitido darles, siguiendo la narración del texto sagrado. Por otra parte, en las producciones literarias de la China, de la Persia y principalmente de la India, se ha pretendido descubrir las enseñanzas y narraciones originales de las obras bíblicas, de manera que según eso los autores de éstas no han hecho más que copiar o traducir aquéllas. El honor de nuestros libros sagrados reclama que se sepa contestar a esas objeciones, como han sido contestadas y lo son victoriosamente.

El estudio de lenguas y literaturas antes desconocidas no ha impedido en nuestro siglo sino más bien ha impulsado el de las lenguas y literaturas antiguas que habían sido el patrimonio de la civilización cristiana, es a saber: la hebrea, la griega y la latina. En buena hora no quieran compararse los trabajos realizados en esta parte por nuestra época con las obras monumentales que se llevaron a cabo en los siglos anteriores, y que, por lo que mira a la literatura bíblica, están sobre todo representadas por los grandes comentarios, las más célebres versiones, las famosas políglotas, las vastísimas colecciones de variantes. Pero esto no quita que las investigaciones filológicas y arqueológicas recientes en el campo de esas literaturas, hayan completado los trabajos de las épocas anteriores, dando luces inesperadas y agrandado sus horizontes.

Como era natural, el interés religioso ha llevado sobre

todo a los espíritus a examinar los libros sagrados, i a aplicarles las luces nuevamente recojidas en el teatro de la filolojia i de la arqueolojia hebrea, griega i latina. Se los ha examinado, pues, en todo sentido, i se han aprovechado los conocimientos recientes para descifrar sus pasajes comunes, i para entender mejor los que ya eran suficientemente conocidos.

Pero alcanzamos a una época en que las sectas protestantes llegan a su disolucion, i el veneno del racionalismo envuelto desde un principio en ellas, con los delirios i extravagancias que le son consiguientes, invade casi por completo sus escuelas i penetra tambien con demasiada celeridad en los pueblos católicos. Desde luego, los enemigos de la revelacion han reproducido las objeciones de otros tiempos contra la autenticidad e integridad de los libros sagrados, mas en este terreno se han batido propiamente en retirada; como quiera que las esplendentes réplicas de los defensores de las obras divinas i los magníficos resultados que han dado las investigaciones críticas modernas, no han permitido a los corifeos del racionalismo que están al cabo de estas cosas, impugnar en globo, como lo hacian otras veces los incrédulos o lo hace aún la *turba multa* de los racionalistas, la autenticidad de la Biblia, i han tenido que limitarse a rechazar uno u otro libro, éste o aquél pasaje, admitiendo de ordinario los demas. Así, para poner algunos ejemplos, en la ardiente polémica a que ha dado lugar el libro de Isaiás, con solo los veintisiete últimos capítulos de este profeta, si bien los mas importantes, los que han sido atacados por Koppe, Dædarlein, D'Wete, Gesenio, Hitzig, etc.; del mismo modo, admitida aún por los mas célebres racionalistas la autenticidad de las profecías de Excequel, Ceder, Corrodi i Vogel impugnan únicamente la de los nueve últimos capítulos i de los oráculos relativos a las naciones estranjeras del libro de ese autor sagrado; igualmente, en fin, las impugnaciones de los críticos modernos contra el valor

auténtico de los Evangelios se refieren de ordinario, no a todos ellos ni a uno entero, sino a capítulos o fragmentos de esas obras.

Vencidos, pues, los incrédulos en sus ataques contra la autenticidad de las Sagradas Escrituras, se han buscado otros caminos para combatir la revelacion i hacerla desaparecer, si fuera posible. Éstos no han sido otros que sistemas mas o menos absurdos de interpretacion de los libros divinos, forjados para negar los milagros, las profecías i en jeneral todo lo sobrenatural que se encuentra contenido con ellos. Quienes, al mismo tiempo que ensalzan la sinceridad i sabiduría de los predicadores de las enseñanzas judías i cristianas, sobre todo la sinceridad i sabiduría de Jesucristo, dicen, sin embargo, para descartar los hechos sobrenaturales referidos en la Biblia, que se acomodaron a las creencias i supersticiones de su tiempo con el fin de inculcar mas en el pueblo la religion natural. Quienes trabajan con increíbles esfuerzos por esplicar naturalmente todas las obras milagrosas que narran el Antiguo i el Nuevo Testamento, cayendo, como era de esperarlo, en las paradojas mas estrañas i en las ridiculeces mas groseras. Quienes, en fin, no ven en las pájinas sagradas sino mitos i fábulas de sucesos que, si se quiere, tienen un fondo de verdad, pero a que la imaginacion i el tiempo han dado formas estraordinarias i colosales.

Tales son, mirándolos en un punto de vista jeneral, ios estrafularios sistemas de interpretacion bíblica, a que ha dado lugar la llamada *nueva exégesis*, que nació en Alemania, se propagó en sus escuelas de Heildeberg, Tubinga, etc., i de allí se ha esparcido a muchos otros pueblos i naciones. A su servicio se han puesto Bauer, Hammon, Thiess, Glaber, Paulo, Strauss i tantísimos otros, que han gastado su erudicion filolójica i arqueolójica en desarrollarla i aplicarla a todos los libros i pájinas de la Biblia. Los sistemas, en verdad, de interpretacion de estos auto-

res, i que se comprenden bajo la denominacion jeneral de *nueva exégesis*, se contradicen muchas veces entre sí; pero todos convienen en quitar a los libros biblicos su carácter esencial de inspirados i divinos. I con el aparato de ciencia con que los filólogos alemanes han rodeada tales patrañas, muchos se han ocupado en transportarlas a otros países como las grandes elucubraciones biblicas del siglo.

En presencia de todo esto, el defensor de la revelacion no puede permanecer impassible i debe marchar a la arena armado de las mismas armas de sus contendores. ¿Cómo, a la verdad, dejaria que impunemente se pretenda quitar al depósito augusto su carácter divino, se confundan los libros sagrados con las obras puramente humanas, i no se vea aún en ellas mas que exajeraciones de la imaginacion o una reunion de fábulas i mitos? I si bien es cierto que basta el buen sentido para rechazar los absurdos sistemas de interpretacion biblica a que me he referido, i de ninguna manera la crítica puramente filológica de los libros sagrados es la única luz que tenemos para saber las verdaderas enseñanzas i hechos iadudables en ellos contenidos; tambien es cierto que la verdad, para penetrar en muchos espíritus, requiere que antes se rompan las armas con que se la ataca, i se desvanezcan en el terreno propio los argumentos con que se pretende oscurecerla.

Por lo espuesto déjase ya comprender que la arqueología propiamente dicha ha de haber hecho grandes progresos en nuestra epoca; pero eso no basta para formarse una idea justa de las riquezas inmensas que en esta parte ha descubierto i explotado la ciencia en nuestro siglo. En las antigüedades solo griegas i romanas, cuyo conocimiento parecia agotado en las obras de los eruditos que florecieron en la época del renacimiento, los objetos de toda clase i en una cantidad prodijiosa que han suministrado i están todavia suministrando las necrópolis de la Italia i de la Grecia, han esparcido rayos de mucha luz so-

bre la civilización clásica i cristiana de los primeros siglos. I todo esto es nada en comparación de los resultados que han dado los ricos veneros del Egipto, de la Asiria, de la Siria, de la Fenicia, de la Frijia i de la Persia, explotados por tantos sábios ilustres contemporáneos, que han resucitado, por decirlo así, las civilizaciones de esos antiguos pueblos, que tanta importancia tuvieron en otros tiempos, i de que solo habia una escasa memoria en los escritos de los historiadores griegos i latinos i en diversos pasajes de la Biblia.

A la verdad, Champollion, que el primero de todos alcanzó a descifrar la escritura jeroglífica de los monumentos del Egipto, i después de él sus continuadores, Brugchs, Birch, Rougé, Mariette, interrogan las pirámides que antiguos déspotas hicieron edificar en esa comarca, las sombrías metrópolis donde dormían los Faraones, los monumentos todos que se encuentran en el territorio regado por el Nilo, i nos dan a conocer las dinastías de reyes que se sucedieron o gobernaron el Egipto, las costumbres de los antiguos egipcios, su relijion sacerdotal i popular, el jénio que inspiró su pintura, su escultura, su arquitectura, en jeneral, la civilización toda de ese célebre pueblo, que es uno de los mas antiguos del mundo.

Si cabe, mas estraordinarios que los del Egipto, son los descubrimientos de las antigüedades de la Asiria. En la comarca, en que en otro tiempo se levantaban orgullosas por su poderio i pujanza Nínive i Babilonia, no se divisan pirámides u otros monumentos gigantescos como en el territorio bañado por el Nilo, i solo se encuentran escombros amontonados formando colinas i montecillos. Esas ruinas que parecian mudas, se han escavado, sin embargo, primero que por otros, por Botta, después por Layard, Loftus, Place, Taylor i últimamente por el sábio e intrépido Jorje Smith, cuya muerte reciente deplora con tanta razon la ciencia. De tales escavaciones se han podido sacar trozos de la majestuosa escultura asiria, ba-

jos relieves que representan a los soberbios reyes de esa nacion que dominaron a tantos pueblos; cuadros que describen las ceremonias relijiosas, los usos demésticos, las costumbres guerreras de los asirios. I no paran aquí los descubrimientos de semejantes antigüedades, porque las murallas de los edificios arruinados que constituian las ciudades de la Asiria están llenas de inscripciones trazadas en caractéres cuneiformes, cuya intelijencia, a pesar de parecer tan difícil, han llegado a descifrar Rawlinson, Hincks, Oppert i el mismo Jorje Smith: merced a los pacientes trabajos de estos sábios, han podido leerse en el mármol o en la arcilla las tradiciones relijiosas de esa nacion, la historia de sus reyes, sus conquistas i crueldades. La esplendente civilizacion asiria, en fin, no podia dejar de tener influencia en la de otros pueblos, i así se ha descubierto que mas o menos la han recibido la Persia i la Media, los pueblos del Asia Menor, las islas del Mediterraneo, la Grecia i la Italia.

Análogos, si bien no tan magníficos resultados, han dado las investigaciones arqueológicas en la Siria, que ostenta tambien sus antiguas inscripciones; en la Fenicia, cuyas catacumbas han comenzado a abrir los tesoros que encerraban; en la Frijia, con sus bajos relieves esculpidos en las rocas, etc. I a todo esto es necesario agregar las antigüedades que revelan los monumentos literarios de la Persia, de la India, de la China, de que ya he hablado anteriormente.

I bien, como ha sucedido siempre en la historia de las ciencias modernas, los incrédulos aprovecharon los primeros descubrimientos arqueológicos para oponerlos a los dictados bíblicos. Mas tarde las esperanzas de los enemigos de la revelacion se han ido paulatinamente desvaneciendo; i si en realidad todavía se presentan muchas contradicciones entre la arqueología i la Biblia, no puede dejarse de reconocer que en numerosos puntos las antigüedades de los pueblos orientales, i sobre todo las del Ejipto

to i de la Asiria, confirman o ilustran las enseñanzas i narraciones de los libros sagrados. Allí se ven, en efecto, aunque desfiguradas, las mas fundamentales verdades religiosas que ha conservado la tradicion hebrea, i los grandes acontecimientos que acacieron a la familia humana en los primeros tiempos; allí se encuentran orijinalmente las costumbres ejiptias que nos pintan los autores biblicos i que tanta influencia tuvieron en las del pueblo de Israel; allí, en fin, tenemos la narracion asiria de los sucesos que se conocian solo por la narracion judia contenida en los libros de los Reyes, de los Paralipómenos, de algunos profetas, i la comparacion de una i otra pone de manifesto la verdad de la Biblia. No necesito yo ponderar el caudal que debe hacer de todo esto el defensor de la revelacion.

Pero, sobre todo, las ciencias físicas i naturales han tomado en nuestra época un vuelo admirable, se han desarrollado prodijiosamente de sus diversas ramas, i son incalculables las maravillosas aplicaciones que se ha conseguido hacer de sus descubrimientos a la industria, al comercio, a los mas diferentes órdenes de cosas. Ciertamente, el mismo asombroso adelanto que se ha tocado en estos dominios que constituye uno de los caracteres mas pronunciados del siglo, ha infatuado a muchas jentes que creen que no queda ya nada por descubrir en el vastísimo reino de la naturaleza, i que desde allí pretenden sacar monstruosas consecuencias respecto de los otros dominios del saber humano. Mas, esto no quita que, hablando rigorosa verdad, pueda afirmarse con Wiseman, que en el período que media entre Newton, en menos de una jeneracion, nuestro siglo ha hecho descubrimientos mas hermosos i agrandado mas el dominio de las ciencias exactas, que las numerosas jeneraciones que lo han precedido, a lo menos desde el renacimiento de las ciencias.

Desgraciadamente tan ricas i portentosas conquistas, en vez de hacerlas servir para la gloria de Dios, el enten-

dimiento orgulloso del hombre las ha aprovechado para combatir su santa palabra revelada i para negar la existencia misma del Creador. Es en la astronomía, en la jeología, en la paleontología, en la antropología, en la física, en la química, en todas las ciencias físicas i naturales, en una palabra, en donde principalmente los incrédulos del dia buscan armas para desmentir los dictados bíblicos, para escarnecer sus enseñanzas, para negar los milagros, para tratar los libros sagrados de colecciones de fábulas i cuentos, que no soportan la crítica científica i los adelantos de la época. I no se ha parado aquí, porque se pretende todavia que la última palabra de todas esas ciencias no es otra que la negacion de Dios.

Ábrese, pues, al polemista relijioso otro inmenso campo, cuya arena es tambien la Biblia. No está obligado, por cierto, a desentrañar de las páginas sagradas los descubrimientos con que se honran la astronomía, la jeología, la física, etc., como quiera que la revelacion no nos ha sido dada para hacernos astrónomos, jeólogos i físicos. Mas, deber suyo es manifestar que, después de los grandes adelantos de las ciencias físicas i naturales, no tenemos por qué ruborizarnos de las enseñanzas de nuestros libros sagrados, ni por qué quitar a éstos una sola tilde, que las verdaderas doctrinas científicas no contradicen de ninguna manera los dictados de la palabra de Dios. En seguida, cúmplele recojer todas las conquistas de la ciencia, quehan dado a conocer mucho mas que lo que se conocia antes la grandiosidad de la creacion, i entónar sobre ellas un himno armonioso al Creador.

Después de lo dicho, déjase suponer que la materia propiamente bíblica ha de haberse tratado en nuestro siglo con preferencia a todas las otras, por los escritores que consagran su pluma al fomento i enseñanza de la relijion. Así ha sido, i nada seria mas fácil que presentar, en cada una de las provincias que abraza el vastísimo dominio de los estudios bíblicos, una larga lista de nombres

gloriosos de autores que en nuestra época han vindicado los fueros de la verdad i puesto en el lugar debido el honor de los libros sagrados. Todavía en esta parte es necesario agregar a los escritores católicos los protestantes, que reconocen la autoridad de las Sagradas Escrituras, i que en su defensa han prestado inestimables servicios, si bien los principios relijiosos admitidos por ellos les impiden muchas veces contestar de una manera satisfactoria las objeciones de los racionalistas. Por lo demas, no intento yo negar que las otras disciplinas de las ciencias sagradas hayan tenido tambien en nuestros dias ilustres representantes que las han cultivado; pero me parece que su número no puede igualar al de los escritores de materias propiamente bíblicas, i por otra parte el estado actual de la polémica relijiosa los ha obligado muchas veces a entrar en este terreno, aunque *ex-profeso* desenvuelvan otras materias sagradas.

Vése, pues, que, como decia antes, basta dar una mirada al estado actual de la polémica relijiosa para convenirse de la importancia de los estudios bíblicos, i de la necesidad de que los que aspiran a la milicia sagrada los cultiven desde temprano i se pongan en aptitud de poder cultivarlos después con mas estension i profundidad. I no se diga que la polémica relijiosa, tal cual acabo de delinearla, tiene lugar solo entre los sabios, allá en los centros de ilustracion europea, sin que descienda hasta nuestras lejanas tierras, ni menos al pueblo que deben evangelizar los sacerdotes que se forman en nuestros seminarios. Porque en primer lugar, sin pretender de ningun modo halagar el amor nacional, la patria natural de un escriturario como Lacunza i la patria adoptiva de un filólogo como Bello tienen derecho a esperar contar mas tarde quienes la representen en los grandes debates de la ciencia; i nuestro deber es entonces preparar el terreno a esas inteligencias privilegiadas, para que con mas holgura puedan estender sus alas i elevar su vuelo a la altura.

Porque en seguida i mui principalmente, hace ya mucho tiempo que se pone todo empeño en vulgarizar la ciencia, i las objeciones contra la palabra divina escrita que hacen los profesores desde sus cátedras, se reproducen en todos los tonos por la prensa, se comunican a los mas apartados lugares i llegan tambien al pueblo; por todo lo cual importa sobre modo que los sacerdotes, mas que nadie, sepan victoriosamente contestarlas, a fin de sacar del error a los espíritus obsecados por ellas.

IV.

Con la brevedad que me ha sido posible, he recorrido las poderosas consideraciones que manifiestan la importancia de los estudios bíblicos en toda su estension i la necesidad que hai de fomentarlos en el clero. De propósito no he querido acotar citas i autoridades que corroboraran mis asertos, a fin de no hacer demasiado largo este discurso. Prestadme, sin embargo, por algunos breves instantes mas vuestra benévola atencion para desvanecer algunos argumentos que he oido repetir muchas veces, contra las clases de controversia bíblica i de idioma griego establecidas en el seminario arzobispal i que me he propuesto especialmente defender.

La escasez de nuestro clero, i la necesidad, en consecuencia, para aumentarlo, de facilitar el camino a los que se sienten llamados al sacerdocio, son las razones que se hacen valer en contra con mas frecuencia, cuando se trata de dar mas tiempo, profundidad i ensanche a la enseñanza de las ciencias sagradas, i las que se han opuesto i se oponen particularmente a las clases a que me refiero. ¿Qué importa, se dice, para los intereses de la Iglesia i para el bien de las almas, que se formen en el seminario sacerdotes verdaderamente instruidos, que mas tarde pueden figurar en el campo de las ciencias, si entre tanto las parroquias estan desprovistas de pastores, no hai quien predique al pueblo la palabra de Dios o le administre los

sacramentos, i los fieles se mueren sin los ausilios de la religion?

Sin duda, el número de sacerdotes entre nosotros está lejos de corresponder a las necesidades espirituales. Mas, para subsanar este mal no debe buscarse un remedio peor que la misma enfermedad. Antes que muchos eclesiásticos, es necesario que los que lo son sean competentes para desempeñar su ministerio, i las funciones sacerdotales no consisten solo en administrar los sacramentos i en anunciar de cualquiera manera la palabra de Dios, sino tambien en defender las verdades reveladas de los ataques de toda clase que se hacen contra ellas i en esponer la enseñanza divina, ya en la tribuna sagrada, ya en la prensa, ya en el profesorado, ya en cualquiera otra parte, de una manera que corresponda a la ilustracion del país i del siglo en que vivimos. Para todo esto, es indudable que se requieren mucha preparacion i sérios estudios escripturarios. Luego, de ningún modo debe escatimarse la instruccion debida a los que se preparan para el sacerdocio, i es indispensable que, si no todos, a lo menos un buen número de nuestros sacerdotes, reciba ésa instruccion lo mas completa que sea posible.

Todavía, si se quiere alivianar o mas bien mejorar la preparacion intelectual i científica de los que se consagran al servicio del santuario, no es en la instruccion superior sino en la instruccion segunda donde hai mucho que hacer i reformar. Una triste esperiencia muestra que, a medida que se ha implantado entre nosotros el sistema actual universitario de instruccion segunda, menos desarrollados i preparados van los alumnos a las clases superiores. Trabájese, pues, como mui consolador es reconocerlo se ha trabajado con tanto denuedo i constancia, por que los colejos eclesiásticos puedan organizar con libertad sus humanidades, i entonces esta instruccion será en los seminarios mas fecunda i mas arreglada a la enseñanza de las ciencias sagradas.

En fin, después de todo, si es cierto que nuestro clero es escaso, no debemos estar descontentos si consideramos lo que sucede en otras diócesis americanas, tanto menos cuanto hai fundadas esperanzas de que aumente, sin necesidad de tocar los remedios que se proponen. Recuerdo que, cuando entré al seminario de los Santos Angeles, no pasaban de diez a doce los alumnos que componian los cursos de teología. Merced a la hábil direccion que dicho establecimiento ha tenido durante largos años, ese número ha sido aumentado paulatinamente, i en el año que está por terminar ha llegado a cuarenta; para el año entrante pasará de cincuenta, i natural es aguardar que siga ese aumento si se atiende a que el seminario de San Pedro Damiano, anexo al de los Santos Angeles, continuará dando alumnos para los cursos de ciencias sagradas, a que desde el año entrante van a comenzar a dar los seminarios establecidos en Talca i en Valparaíso, i finalmente a que la piedad de los fieles prestará su auxilio a la fundacion de nuevas becas.

Está bien, se agrega, que las Sagradas Escrituras sean enseñadas en clases especiales durante los años dedicados a la instruccion superior de los que se dedican al sacerdocio; está bien que desde temprano se ponga en la mano de los jóvenes levitas el sagrado testo que han de meditar durante toda la vida; está bien, en fin, que se les introduzca en su estudio, se les dé a conocer la manera de interpretarlo i de defenderlo de las objeciones que sin cesar se hacen contra él. Mas, ¿con qué objeto se obliga a aprender el griego, una lengua tan difícil, a quienes las tareas del ministerio no han de permitir cultivarlo mas tarde i que no harán mas que olvidar lo que han aprendido? ¿No se pierde así miserablemente tiempo i mucho tiempo que podria aprovecharse mejor en cualquiera otra cosa?

Desde luego esta declamacion tiene el inconveniente de estribar en un supuesto falso. No a todos los alumnos de

los cursos de ciencias sagradas, sino a mui pocos, a aquellos que son mas capaces, se obliga en el seminario a estudiar griego, i queda a la prudencia del rector del establecimiento conceder dispensa de este ramo. En seguida, como llevo dicho ya, el tiempo que actualmente se consagra al aprendizaje del griego no son mas que tres horas semanales de clase durante dos años.

I bien, después de saber la estrechísima relacion que hai en los estudios sérios escriturarios i el de los idiomas sagrados; después de considerar el estado actual de la polémica relijiosa, en que para responder victoriosamente no solo a las numerosísimas objeciones, propiamente filosóficas, sino a muchísimas de las tomadas en otras fuentes, es necesario estar iniciado en esas lenguas; ¿podrá negarse la importancia de que haya en nuestro clero quienes posean el griego i el hebreo, sean capaces de consultar los textos orijinales de la Biblia, puedan siquiera entender bien las observaciones de los comentadores, críticos i polemistas sagrados, erizadas muchas veces, ya que no es posible otra cosa, de palabras i frases griegas i hebreas?

No solo para la materia propiamente bíblica se requiere el conocimiento del griego. Merced a su riqueza, a su flexibilidad, a su facilidad extrema de derivacion i composicion, sirvió esa lengua de admirable instrumento para esponer con precision los mas encumbrados dogmas cristianos, i para distinguir con exactitud la verdad del error: de aquí es que mas o menos importa conocerla al teólogo dogmático. Fuera de esto, nadie ignora que la grandiosa literatura de la iglesia oriental fué casi toda compuesta orijinalmente en la lengua de Orígenes, San Anastasio, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Gregorio de Nacianzo i tantos otros jénios que ilustraron el cristianismo de los primeros siglos.

Por lo demas, no tengo para qué entrar aquí a ponderar la importancia para las disciplinas profanas, del cono-

cimiento de la lengua griega por tantos títulos privilejada; que admira por su riqueza, armonía i claridad; que es indispensable para los sérios estudios filológicos; que reproduce maravillosamente los conceptos mas sutiles de la intelijencia; que encierra una literatura orijinal, variada, vastísima, fuente de las literaturas modernas, i que ha servido i sirve a las ciencias para formar la terminología propia de cada una.

Pero, se replica, todo esto seria mui fundado si se lograra aprender bien el griego; mas, tal cosa no es posible en el escaso tiempo que se le dedica en el plan de estudios del seminario, i en lugar de iniciarse en los primeros rudimentos de esa lengua difícil, que mui pronto han de olvidar, mas vale no aprender nada i emplear ese tiempo consagrado a ella en cualquiera otro ramo.

Sin duda, para poseer bien el griego se requieren cinco o seis años de detenido estudio, i el conocimiento de la vastísima literatura griega da sobrada materia de ocupacion para toda la vida. La esperiencia, sin embargo, me enseña que en dos años de aprendizaje de la lengua griega, consagrándole el tiempo que se le dedica en el seminario, los estudiantes, jóvenes ya desarrollados i que han concluido latin i filosofía, se ponen en aptitud de traducir el testo griego de la Biblia i aún piezas mas difíciles, con el auxilio del diccionario, de comprender el alcance de las observaciones filológicas basadas en el griego, de los comentadores de las Sagradas Escrituras, i de poder por sí mismos estudiar esa lengua. Ahora bien, ¿todo esto no vale la pena i el tiempo que ocupa ese ramo en el plan de estudios del seminario? ¿i podría con facilidad reemplazarse por otro cualquiera?

Por lo que mira a la observacion de que fácilmente se olvida lo que se aprende de griego, si no se sigue estudiándolo, tal observacion tiene fuerza contra el estudio de todos los ramos, i la consecuencia de ella seria, por lo tanto, que no se estudiara ninguno. Además, entre las len-

guas, aquellas que tienen mucha gramática, como es la griega, dejan siempre en la memoria huellas mas profundas, que no se borran tan fácilmente, o que un ligero estudio puede hacer de nuevo recordarlas. Por otra parte, no debe olvidarse que, si se desea sinceramente que algunos miembros siquiera de nuestro clero profundicen la lengua i la literatura griega, es necesario que haya clase en que se enseñen los principios de esa lengua.

Últimamente se dice: como el griego, tambien el hebreo se requiere para los sérios estudios escriturarios, i si ha de optarse entre uno u otro, debe escojerse el hebreo en que fué compuesta orijinalmente la mayor parte de la Biblia.

Cierto, ambos idiomas necesita poseer el que quiere conocer a fondo las Sagradas Escrituras i defenderlas de todos los ataques que se libran contra ellas. Mas, entre la enseñanza del uno o la del otro, con mucha razon se ha preferido en el Seminario Arzobispal la del griego. En primer lugar, porque el hebreo es sin contradiccion menos difícil que el griego; de donde, una vez aprendido, los que se aficionen a los estudios bíblicos tienen vencida una de las mas grandes dificultades, i no encontrarán gran tropiezo en el aprendizaje del hebreo o siquiera en el de los elementos de éste para entender por lo menos a los comentadores de la Biblia. En seguida, porque la polémica religiosa versa mui principalmente sobre los libros del Nuevo Testamento, escritos orijinalmente en griego, i sobre los primeros tiempos del cristianismo, en que ese idioma era la lengua universal del mundo civilizado. Finalmente, porque el griego es mucho mas conocido i estudiado en los países cultos que el hebreo, i no solo introduce al estudio de los libros divinos, sino tambien sirve en gran manera para otras disciplinas sagradas i profanas, como decia anteriormente.

No me detengo mas en estas frívolas objeciones que suelen hacerse contra las clases de controversia, bíblica o

teología espositiva i de idioma griego, establecidas en el Seminario. Sobradamente se ve el acierto con que la autoridad diocesana ha procedido a su fundacion. I no es una de las menores glorias del Ilustrísimo i Reverendísimo señor Arzobispo, que ya mas de treinta años rije los destinos de la iglesia chilena, el empeño con que siempre ha procurado fomentar los estudios bíblicos en el clero. Cuando era decano de esta Facultad, hizo ocupar el lugar que les correspondia a las materias escriturarias en el proyecto de cédulas para el sorteo de los grados de bachiller i licenciado en teología; del mismo modo, en el reglamento de la Academia de Ciencias Sagradas redactado por él, consignó entre los principales ejercicios a que debian dedicarse los académicos, los de esposicion de los libros sagrados; i en el brillante discurso que pronunció en la inauguracion de dicha Academia, manifestó la necesidad de fomentar estos estudios en el clero. Nombrado en union con otros dignos eclesiásticos para determinar las bases de una reforma disciplinaria i científica del Seminario Arzobispal, propuso entre ellas i después electo Arzobispo aprobó la fundacion de un curso especial destinado al estudio de la controversia bíblica o teología espositiva i de los idiomas sagrados. Poderosas razones no permitieron desde luego plantear ese curso; pero ya hace diez años se encuentran establecidos las clases de controversia bíblica i de idioma griego. En fin, con celoso anhelo se ha empeñado en, i hace poco, ha conseguido llevar a cabo la ereccion de la Iglesia Metropolitana, en que una de las canonjías tiene especialmente por oficio, segun los cánones, la esposicion pública de las Sagradas Escrituras.

Cúmpleme, antes de dejar la palabra, tributar un profundo homenaje a la memoria del Ilustrísimo señor Obispo de Himeria, Doctor don José Miguel Arístegui, a quien me ha cabido la grande honra de suceder en la Facultad

de Teología. Parece, señores, que vosotros hubierais querido formar un contraste i grabar así mas el recuerdo de tan esclarecido miembro de esta corporacion, elijiéndome a mí en su reemplazo. Por la naturaleza soi yo incapaz de compartir con mis hermanos en el sacerdocio las árduas i penosas tareas del ministerio sagrado. Al contrario, el Ilustrísimo señor Arístegui habia recibido del cielo los mas distinguidos dones para desempeñar las funciones sacerdotales en toda su escala, como las desempeñó dignísimamente durante su larga i laboriosa vida.

Sobre las distinguidas prendas que adornaban la inteligencia del señor Arístegui, estaban aún las de su bondadosísimo corazon, siempre franco, leal, jeneroso i enriquecido con inestimables virtudes. A unas i otras, que se retrataban en su fisonomia, en sus modales, en todos sus actos, debió el esclarecido finado el tierno cariño, el respeto decidido, la veneracion profunda que le profesaban cuantos tuvieron la dicha de conocerlo.

Educado en la piedad i en el recojimiento, se incorporó mui temprano en el clero i subió al altar apenas se lo permitieron sus años. Sin desatender las otras tareas del ministerio sagrado, tuvo siempre parte en la administracion eclesiástica. Ya antes de ser sacerdote habia sido nombrado defensor de matrimonios i de profesiones religiosas. Después fué promotor fiscal, rector del Seminario, vicario jeneral durante mas de treinta i dos años, en los gobiernos de tres diferentes arzobispos, el señor Vicuña, el señor Eyzaguirre, que alcanzó solo a ser arzobispo electo, el señor Valdivieso que actualmente rije la Arquidiócesis; i en dos ocasiones que este último prelado ha tenido que ausentarse del territorio de la república, quedó de gobernador eclesiástico en union del señor vicario jeneral tambien doctor don Casimiro Vargas. Sus méritos lo habian elvado además al coro metropolitano, cuyas sillas recorrió hasta llegar a la de dean, que acupaba cuando acaeció su muerte. En fin, el Santo Padre lo condecoró

con la dignidad de prelado doméstico de su Santidad, i a petición del supremo gobierno i del señor arzobispo actual, lo eligió obispo de Himera *in partibus infidelium*.

Entregado desde sus mas tiernos años al estudio, dió pruebas de su intelijencia en las aulas i en actos públicos que sostuvo con lucimiento. Los elevados cargos que desempeñó en la administracion eclesiástica i que acabo de recorrer, manifiestan de sobra la alta idea de sus talentos, de la cordura de su juicio, de su prudencia, que se habian formado todos i principalmente sus prelados. Creada esta Universidad, el supremo gobierno lo nombró miembro de la Facultad de Teolójia i mas tarde sus colegas lo elijeron dos veces decano de dicha Facultad para que la presidiera. La aficion al estudio una vez adquirida es difícil perderla, i el Ilustrísimo señor Arístegui dió pruebas de ello, hasta sus últimos años, conservando decidido gusto por la jurisprudencia canónica.

Por último, dispuesto siempre a servir los intereses de la Patria como los de la Iglesia, fué diputado i secretario de la Cámara, en diferentes legislaturas ocupó un asiento en el Senado, i durante veinte años, en tres diversas administraciones políticas, sirvió de consejero de Estado.

No pretendo yo trazar la biografía del Ilustrísimo señor Arístegui i manifestar la manera dignísima como desempeñó siempre tan distintos i elevados cargos así eclesiásticos como civiles. La tribuna sagrada i la prensa han pagado ya la deuda que reclamaban los multiplicados e inestimables servicios que, durante mui largos años prestó a la Iglesia i a la Patria el laborioso i caritativo sacerdote, el dulcísimo prelado, el intejérrimo lejislador, el prudentísimo consejero i el mui digno Obispo.

Pero no puedo dejar de notar en este débil tributo consagrado a la memoria de uno de los mas distinguidos hijos que ha tenido Chile, lo que especialmente caracteriza su preciosa vida i pone mas de manifiesto las preclaras dotes con que lo habia favorecido el cielo. Firme en sus

convicciones, sin transijir jamás con el error o la maldad; celoso i constante defensor del derecho; esclavo de sus deberes en los altos i distinguidos puestos en que estuvo siempre colocado, nunca concitó los odios de nadie i fué universalmente querido i venerado. Tal cosa es mui rara en este mundo de injusticias i de envidias, i para que esto suceda es necesario que sean mui relevantes e indisputables los méritos del varon ilustre que a una se supo atraer el amor de Dios i de los hombres.
